

6. La construcción de la memoria colectiva en la historia reciente de Chile.

Una tarea pendiente en el mundo escolar

Nelson Vásquez y Ricardo Iglesias

La memoria ha constituido un hito importante en la lucha por el poder conducida por las fuerzas sociales. Apoderarse de la memoria y del olvido es una de las máximas preocupaciones de las clases, de los grupos, de los individuos que han dominado y dominan las sociedades históricas.

Le Goff, 1991, p. 124

6.1. Introducción

En el último siglo, las naciones occidentales que han estado sacudidas por coyunturas históricas dramáticas (guerras internacionales, guerras civiles, dictaduras, regímenes totalitarios, gobiernos militares, violaciones a los derechos humanos, detenidos, desaparecidos, torturas, discriminación racial, etc.), han tenido que enfrentar dichos fenómenos sociales con diferentes estrategias de futuro. Unas han optado por un corto período de justicia, por lo general superficial y simbólica, pretendiendo que el olvido entre generaciones cubra rápidamente los hechos cotidianos y el registro oficial privilegie los elementos comunes de la sociedad. Otras, en cambio, no han tenido otro remedio que enfrentar la realidad histórica, con toda su crudeza y sin obviar los comportamientos reprobables y las miserias humanas. Estos últimos países han optado por ese camino porque tienen como objetivo que la sociedad comprenda el costo humano del quiebre social.

La historia de Chile de las cuatro últimas décadas ha estado atravesada por transformaciones estructurales, conflictos sociales, planteamientos ideológicos contrapuestos y discusiones divergentes entre los intelectuales sobre la historia reciente. Para la mayor parte de los chilenos, este período ha significado un quiebre histórico y un trauma en relación con los valores ciudadanos republicanos, constituidos desde las primeras décadas del siglo xx a través de un creciente movimiento social y una ampliación de la participación política en los procesos electorales.

La historiografía nacional ha abordado el tema tardíamente. Encontró en el concepto de *construcción de la memoria colectiva* una vía para realizar un análisis histórico de lo contemporáneo. Las investigaciones se han centrado en los testimonios de algunos actores del proceso político, los efectos del régimen militar, los acomodos de la elite en la coyuntura, el impacto de las violaciones de los derechos humanos, la transición política pactada, el rol de los militares, el papel de la Iglesia católica y el costo social de las modernizaciones económicas a raíz de la implementación del modelo neoliberal en los ochenta.

En el mundo escolar, estos temas aún no han entrado con profundidad o han sido escasamente trabajados por los profesores. El objetivo de la investigación¹ exploratoria que aquí presentamos es analizar las razones por las cuales los docentes de secundaria siguen postergando el estudio de lo contemporáneo, sobre todo lo relacionado con la historia reciente de Chile. También se propone una metodología de análisis basada en «nudos problemáticos», que favorece la comprensión y el aprendizaje conceptual de los estudiantes. La denominación *nudo problemático* permite un tratamiento de la historia contemporánea de manera multidimensional, porque los nudos se estructuran en aquellos momentos históricos en que se rompen la «normalidad» y las «tendencias» del devenir histórico.

La investigación abordó, precisamente, el problema de la construcción de la memoria histórica en el mundo escolar y utilizó los conceptos de *memoria emblemática* y *memoria colectiva*, entendiendo que ésta última no surge de la unión de las memorias individuales. Además, es oportuno indicar que la literatura especializada ha señalado que no existe una memoria colectiva, sino múltiples memorias, y que éstas están en función de los diversos colectivos que conforman la sociedad. Por lo tanto, las memorias colectivas nacen y se construyen a partir de ciertos portavoces, es decir, aquellos colectivos que se han impuesto la misión de conservar de manera permanente el recuerdo de un fenómeno histórico.

Estas memorias también se estructuran en base a hechos y fechas emblemáticas. Esto quiere decir que hay momentos en que los hechos cobran vida. En las fechas simbólicas, se demanda de los actores y de la comunidad la realización de actos, comentarios, reflexiones y explicaciones. Además, las memorias colectivas están asociadas a espacios y sitios físicos privilegiados. Los museos, los memoriales, los cementerios, por ejemplo, recrean los ritos de los colectivos y dan sentido a los objetos de una época.

El carácter exploratorio de la investigación explica por qué los distintos apartados del escrito están precedidos más por una pregunta que por un subtítulo. El trabajo partió de aspectos teóricos y conceptuales y continuó con la identificación de los nudos problemáticos más importantes. Uno de los nudos específicos es la «memoria colectiva que se construye en el mundo escolar a partir de lo que se enseña y aprende en las aulas», como expresión de la construcción del imaginario histórico colectivo.

6.2. Las memorias colectivas: una discusión teórica

El tratamiento teórico y conceptual de la construcción de la memoria, las memorias colectivas y las memorias emblemáticas, base para la comprensión general de la historia de Chile, se ha hecho a partir de tres interrogantes diferentes que se presentan a continuación.

1. «La construcción de la memoria colectiva. Los miedos y las esperanzas en la construcción de valores ciudadanos en la historia reciente de América Latina» forma parte de la Cátedra de Integración financiada por el Convenio Andrés Bello.

¿Cuál es la relación entre historia y memoria?

Tener conciencia del paso del tiempo es una cualidad propia del ser humano. El hombre es la única especie animal que desarrolla un comportamiento social y, a la vez, tiene noción de la existencia de ese comportamiento. Es la conciencia de la temporalidad lo que permite a los individuos construir una identidad personal y a la vez social. De esta forma, los fenómenos humanos cobran sentido en una sucesión de hechos en el presente, con relaciones hacia el pasado y proyecciones hacia el futuro. El recuerdo y la memoria, entonces, están intrínsecamente unidos a la temporalidad del hombre.

Los historiadores han afirmado que los hombres construyen una visión de conjunto de su pasado por medio de la memoria y la historiografía. La memoria proporciona una visión subjetiva a nivel personal o de grupo y marcada por una serie de condicionamientos. En cambio, la historiografía elabora esa misma visión por medio de un método analítico y racional, que resta subjetividad a las explicaciones del comportamiento humano (Gazmurri, 2000).

El concepto de *memoria* comenzó a ser una materia de reflexión para los historiadores sólo hace unos treinta años. Para ese momento, la psicología, la antropología y la sociología tenían un camino más que recorrido y ya habían realizado importantes avances y contribuciones. Fue Pierre Nora quien puso el concepto de *memoria* en la mesa del debate historiográfico y fue él quien planteó que el estudio de las memorias colectivas podía ampliar la comprensión social de la historia reciente.

Desde entonces, como preocupación historiográfica no ha dejado de perder vigencia, tanto en la reflexión teórica como en los planteamientos metodológicos. Múltiples trabajos se han hecho en las dos últimas décadas en Europa, América Latina y Chile sobre la relación entre historia y memoria. En una publicación reciente, Pedro Milos (Milos, 2007) ha identificado ciertas tendencias en el hecho de cómo los historiadores entienden la relación entre historia y memoria. A su juicio, existen tres grandes grupos con tratamientos conceptuales diferentes:

— La historia liderando la construcción de la memoria. Para algunos especialistas, la historia se concibe con una misión: encauzar, ordenar y hacer comprensible las distintas tendencias y discontinuidades de la memoria. La historia viene a poner orden en un imaginario disperso y en momentos contradictorios. Es decir, ordena las memorias individuales y colectivas de naturaleza heterogénea. Los principales representantes de esta tendencia son Pierre Nora y Jacques Le Goff (Nora, 1984 y 1984-1992; Le Goff, 1991; Le Goff y Nora, 1978).

— La memoria como redefinición del sentido de la construcción de la historia. Esta tendencia es divergente a los planteamientos anteriores. Suzanne Citron (Citron, 1984 y 1989) es la principal representante. La autora francesa plantea que hay que terminar con el dominio avasallador de la historia, que desde el siglo XIX ha considerado que el pasado es su propiedad, en la medida que ha respondido fielmente a la construcción de una ideología del estado nacional. Su idea es que la memoria otorgue sentido y dirección a la disciplina histórica. Citron y sus seguidores indican que

la historia como disciplina ha sido utilizada por las elites para instalar en la sociedad concepciones hegemónicas. Estas concepciones habrían terminado generando una forma particular de explicar el desarrollo de los procesos históricos. El estudio de la memoria cumpliría, entonces, una tarea fundamental: romper con tales tradiciones, pues se volvería a construir un relato histórico desde los diferentes discursos de los colectivos sociales. De esta forma, los colectivos construirían un relato propio y una nueva identificación social.

También esto explica el interés que estos autores tienen por el estudio de la historia de la educación y de los sistemas escolares. Para estos especialistas, la escuela y el liceo público han sido los grandes controladores de la memoria colectiva. El sistema educacional ilustrado, masificado en Francia con la III República y difundido en América Latina durante el siglo xx, fue el encargado de crear en la sociedad un sentido de pertenencia a una identidad y una institucionalidad común: el estado nacional.

En una obra reciente, Citron (Citron, 2008) vuelve sobre el tema de cómo se han estructurado los planes de estudio de la historia escolar. Afirma que fue la educación primaria la encargada de construir el «mito» de la nación. Además, indica que en Francia los manuales escolares, como el de Michelet o el *Petit Lavissee*, desarrollaron una narrativa lineal, unitaria y homogénea y una comprensión histórica general que resaltó los aspectos comunes (la definición del territorio, por ejemplo) y evitó el tratamiento de los periodos más conflictivos.

— La historia y la memoria como ámbitos disciplinarios complementarios. Se plantea que no tiene sentido enfrentar la historia y la memoria. Por el contrario, se argumenta que ambas tienen relaciones de complementariedad, tanto para comprender el pasado como para situarse y analizar el presente. Uno de los principales autores de esta tendencia es Henry Rousso (Rousso, 1987 y 1994), quien parte reconociendo las diferencias entre historia y memoria, porque son dos concepciones y percepciones distintas del pasado. Sin embargo, Rousso advierte que la construcción de la memoria puede surgir de dos fuentes distintas: de los grupos que son portavoces de una memoria singular y de algunos acontecimientos claves que perduran en el recuerdo de la larga duración.

Esta permanencia es la que despierta el interés de los historiadores, y es en ella donde estos profesionales encuentran materia para levantar las investigaciones y las construcciones teóricas.

Asimismo, Rousso reconoce la existencia de varias tensiones entre memoria e historia. De partida, habría tensiones entre las representaciones que han hecho los distintos colectivos y las construcciones que describen y analizan los historiadores. También habría una tensión entre las memorias dominantes y con vocación de imponerse como explicación única del pasado —por lo general, de los grupos más representativos de la sociedad— y las memorias individuales o colectivas de los sectores sociales marginales o de menor figuración social.

Esta reflexión está demostrando que el historiador, cuando recrea el pasado, es igualmente tributario de su época y de su tiempo. Cuando construye un relato, lo hace desde las categorías dominantes, porque es ciudadano de su tiempo, pero tam-

bién dicho discurso puede introducir nuevas representaciones que, perfectamente, modifican la imagen que en ese momento se tiene del pasado.

Rousso (Rousso, 2006), por lo mismo, plantea que a Francia le ha costado asumir la experiencia histórica de Vichy, su derrota en la Segunda Guerra Mundial, la ocupación alemana y la represión política de aquellos años. Las preguntas que han guiado sus estudios son: ¿cómo una nación orgullosa como Francia ha abordado la historia reciente?, ¿cuál es la memoria colectiva que ha perdurado en la población?, ¿qué es lo que los franceses han optado por recordar, ocultar y olvidar? En definitiva, ha puesto en discusión el mito de un pueblo francés unido en la resistencia y ha dado importancia a la contribución de ciertos personajes que colaboraron con la dominación nazi y favorecieron el antisemitismo de la sociedad francesa de entonces.

En esta tendencia, Pedro Milos también localiza a Bogumil Jewsiewicki. Este especialista piensa que es importante fijar las diferencias entre historia y memoria para evitar confusiones. Sin embargo, él sostiene que existe una relación estrecha entre tradición, memoria e historia, porque las tres son una producción social que otorga sentido a la articulación del pasado y del presente. De esta forma, la historia de los historiadores es una producción social hecha en función de una institución y sus relaciones, mientras que la memoria colectiva es expresión de los individuos y de los grupos sociales. Por lo tanto, la historiografía es un texto producido por especialistas que mediante el recurso de la autoridad definen lo verídico. En cambio, la memoria sólo existe como potencialidad y referente alternativo del pasado.

Esto ha llevado a Jewsiewicki a señalar que la principal contribución de la memoria colectiva es conducir la comprensión del pasado histórico hacia una interpretación social de carácter individual y subjetivo; permite saber cómo la sociedad presente produce un sentido y autoriza una interpretación de las huellas obtenidas por medio de otros procedimientos de toma de información (Jewsiewicki, 2004, p. 63; citado por Milos, 2007).

¿Cómo se construye la memoria colectiva? ¿Cuáles son las diferencias entre memoria individual y memoria colectiva?

La memoria es un recurso a disposición de los ciudadanos, de los intelectuales, de los historiadores, de los educadores, de los estudiantes y de cualquier persona que desee tener una aproximación al pasado. Está al alcance de todos. Permite reconocer las ideas que han orientado la existencia individual y colectiva de la humanidad. Rememora experiencias e iniciativas que movilizaron los talentos y las capacidades de la creación humana. Recrea los sueños, las esperanzas y las expectativas de las comunidades. Es capaz de transmitir, a la vez, los dolores más profundos y los ideales más sublimes de una sociedad (Milos, 1998).

Además, el tema de la memoria no es sólo una preocupación de los medios de comunicación o un discurso contrahegemónico de los sectores políticos alternativos que en las últimas décadas se han ido oponiendo sistemáticamente a la globalización y al avance masivo del neoliberalismo; también responde a un debate académico que

se extiende a los difusos y fronterizos territorios de las ciencias sociales: socio-historia, psicología social, antropología, ciencia política, teoría de la comunicación, educación, etcétera.

El estudio de la memoria abre amplias oportunidades para abordar lo contemporáneo. A través de la memoria y de las memorias colectivas es posible conocer los valores, las prácticas sociales, las actitudes y las voluntades que han guiado las acciones grupales de las personas desde la óptica individual o colectiva.

El conocimiento de la historia contemporánea de Chile puede enriquecerse notablemente con los diversos discursos y protagonistas de las memorias colectivas. Tal fenómeno ocurre tanto en lo conceptual como en lo metodológico. También permite comprender experiencias y proyectos sociales, contruidos desde el ideario, los imaginarios o desde los hechos de la realidad. Por tanto, la memoria aporta a las personas y a los grupos un sentido y un significado (Milos, 1998). Los autores han advertido que no es lo mismo la percepción individual de los hechos registrados en la memoria que la construcción colectiva de la memoria. El proceso de construcción es diferente, porque actúan mecanismos psicológicos y sociales distintos.

De partida, hay que afirmar que en el mundo contemporáneo no existe una sola memoria colectiva. Por el contrario, concurren numerosas expresiones de las memorias colectivas. Ellas están en relación con cómo los diferentes grupos sociales (colectivos) han ido registrando sus comportamientos, acciones, valores e ideales en su interior y han difundido dichos relatos al resto de la sociedad de una manera comprensible.

La literatura especializada ha señalado que la memoria colectiva se construye a partir de dos ingredientes interrelacionados: recuerdo y olvido. Ya está claro que el concepto de *memoria colectiva*, acuñado inicialmente desde la sociología, fue desarrollado ampliamente por Maurice Halbwachs en dos obras clásicas: *La memoria colectiva* (1968) y *Los cuadros sociales de la memoria* (1994). La idea básica de este autor es que los recuerdos de una persona están estructurados por nociones sociales de pertenencia y de relaciones con personas, grupos, lugares, fechas, palabras y formas de lenguaje. Incluso los razonamientos más originales forman parte de la vida material y moral de las sociedades a las que uno pertenece. Por tanto, la memoria colectiva es una construcción social de vital importancia para los seres humanos, tanto desde una perspectiva individual como desde una perspectiva colectiva, de ahí el interés de las ciencias sociales por realizar un tratamiento interdisciplinario del problema.

Asimismo, las memorias colectivas no están necesariamente constituidas por la suma de las experiencias de memoria de los individuos. Una memoria colectiva es social, pertenece a un grupo y como colectivo construye un recuerdo común, que puede o no estar integrado por parte de las memorias individuales. En palabras simples, la significación y el significado de una memoria para que sea colectiva están dados por la sociedad como grupo.

La memoria acumula experiencias valiosas. Selecciona dichas experiencias del flujo del acontecer de acuerdo con prioridades externas o internas de los individuos y de las comunidades. Los grupos proveen a los individuos de «marcos» conceptua-

les, afectivos y de significación donde se sitúan los recuerdos. La memoria individual no existe aisladamente, sino en relación con la memoria colectiva. Los individuos, los grupos y las sociedades seleccionan experiencias, conocimientos, habilidades y recuerdos que se transmiten como memoria colectiva o memoria social (Le Goff, 1991).

Esta forma de enfrentar el tema del recuerdo ha llevado a ciertos autores a plantear otro concepto que enriquece el debate: el de las memorias emblemáticas. Al respecto, Steve Stern (Stern, 1998) indica que las sociedades históricas siempre están construyendo memorias y que éstas tienden a estar dispersas en el imaginario de la sociedad. Las memorias emblemáticas tienen la tarea de unir, establecer puentes, conexiones y relaciones entre los procesos colectivos de las sociedades y las referencias individuales. Asimismo, señala que estas memorias emblemáticas, a pesar de ciertos intentos políticos, no pueden manipularse arbitrariamente. Los procesos de selección de los fenómenos históricos, la significación, la interpretación y las relaciones entre los grandes hechos históricos de una comunidad, no pueden ser controlados por direcciones de turno. Esta construcción social es mucho más compleja y dinámica en el tiempo. Esto lleva a Stern a plantear que las memorias emblemáticas son invenciones humanas, pero no son invenciones arbitrarias. Estas surgen del quehacer humano y del conflicto social. Las memorias emblemáticas son un «producto de múltiples esfuerzos, conflictivos y competitivos, de dar sentido a las experiencias humanas: grandes procesos, traumas y virajes históricos».

Por lo tanto, como nuevo concepto, la memoria emblemática ayuda a focalizar mejor el análisis histórico y a organizar las memorias concretas que los individuos almacenan en el recuerdo con sus sentidos y cualidades más profundas. Esto quiere decir que la memoria emblemática es un marco conceptual para interpretar la realidad contemporánea y un cuerpo teórico que entrega criterios de selección al interior de las memorias personales, vividas y dispersas. La memoria emblemática es un buen lugar para recoger diversas memorias, donde éstas cobran sentido y, por tanto, pueden ser recordadas en el momento en que afloran los significados.

Al respecto, Stern (Stern, 1998) plantea seis criterios para construir una memoria emblemática y para que ésta tenga la capacidad de imponerse en la sociedad y «convencer» al resto de la población:

- La historicidad: las memorias emblemáticas se construyen más bien sobre momentos de ruptura, de quiebro o de fundación de algo nuevo. Suele ser un momento percibido como histórico y fundacional por varias generaciones.
- La autenticidad: una memoria emblemática es más atractiva y convence más si está construida sobre aspectos y hechos concretos.
- La amplitud: una memoria emblemática funciona mucho mejor cuando es capaz de integrar varios recuerdos; incluso éstos pueden ser contradictorios en sus aspectos formales, siempre y cuando sean coherentes con la idea mayor.
- La proyección en espacios públicos: las memorias que se adscriben solamente al mundo privado tienden a la fragmentación y difícilmente pueden convertirse en memorias emblemáticas. Estas últimas necesariamente tienen que situarse en la

esfera de lo público, deben circular libremente entre los distintos sectores sociales. La publicidad es un aspecto que siempre debe tenerse en consideración.

- La encarnación en un referente social convincente: esta condición es tremendamente útil para las memorias emblemáticas, porque logra un compromiso con las personas. Normalmente, esta encarnación está asociada a planteamientos doctrinarios sustentados en reivindicaciones concretas de grupos específicos con un discurso claramente reconocible.
- Los portavoces: las memorias emblemáticas necesitan portavoces comprometidos con ella, que estén dispuestos a organizarlas y a proyectarlas en el tiempo. Son los líderes que defienden una causa y en los que la sociedad ve una consecuencia en su comportamiento.

¿Por qué estudiar la historia contemporánea de Chile a través de la memoria colectiva?

En la actualidad, en Chile existen diferentes memorias colectivas, por lo general antagónicas y enfrentadas, sobre los hechos ocurridos en los últimos treinta años del siglo xx. Sólo en los últimos diez, estas memorias colectivas han salido desde el interior de los grupos específicos para ser conocidas por el resto de la sociedad.

Estas memorias colectivas han terminado cambiando las visiones que la sociedad tiene de su historia reciente. Se han convertido en expresiones públicas y la sociedad chilena se ha transformado en un espacio más plural. En este sentido, no deben tenerse en mente sólo los aspectos políticos vinculados con la quiebra institucional y la violación de los derechos humanos de 1973. La sociedad plural, que está emergiendo, ha puesto en el debate público otros temas relacionados con la modernidad y que en décadas pasadas se guardaban celosamente en el mundo privado: perspectiva de género, minorías étnicas, grupos alternativos, opciones sexuales, etcétera. Quizás sean los medios de comunicación y los documentalistas los que han registrado, con mirada amplia y privilegiada, los procesos sociales desde la óptica propia de los colectivos.

Al mismo tiempo, las transformaciones económicas y materiales de los últimos veinte años también han contribuido a crear en los colectivos nuevos comportamientos sociales y culturales. Las viejas estructuras sociales jerarquizadas han ido permitiendo la expresión de otros sectores antes postergados. Algunas corrientes historiográficas se han hecho cargo de rastrear en el pasado la existencia de aquellos sectores sociales que figuraban «sin historia», al menos desde la perspectiva de la construcción del estado nacional. Por ejemplo, la sociedad chilena actual es mucho más homogénea que en otras épocas desde el punto de vista de lo material. En cambio, si se escarba en el pasado, brotan con rapidez el peso del Estado y de las instituciones, el centralismo de la capital, el dominio de una elite emparentada y con intereses comunes y, por sobre todo, la desigualdad social.

La historia de América Latina de los siglos xix y xx, a pesar de las particularidades, tiene tendencias comunes. En cada una de las naciones latinoamericanas

puede apreciarse con claridad el rol de las elites en la construcción del estado nacional. Por ejemplo, en Chile, la construcción de una historia común y nacional se fue estructurando en el imaginario colectivo de la población desde el siglo XIX en adelante. La pronta creación de un sistema escolar primario colaboró decisivamente en esta empresa. El Estado y las elites dominantes, enriquecidas por ciclos económicos favorables, crearon la idea de una república unitaria, integradora, homogénea y estable debido al carácter de las autoridades, la organización de las instituciones y la responsabilidad de los grupos políticos. La ampliación sucesiva del sufragio y la periodicidad de los procesos electorales también instaló la imagen de una república ordenada, afirmada socialmente y con sólidas bases institucionales.

Los triunfos militares del siglo XIX contribuyeron a garantizar el dominio de la elite terrateniente, comercial y minera hasta bien entrado el siglo XX. La riqueza proveniente del salitre permitió que el Estado chileno realizara sostenidas inversiones en educación. La creación de un sistema público de instrucción a través de un ministerio, escuelas normales y liceos favoreció la creación de una clase media comprometida con la concepción del estado nacional.

La crisis del orden liberal de la década de los años veinte, las demandas de los sectores populares obreros y campesinos y el nuevo sistema político fundado en las aspiraciones y expectativas de la emergente clase media, permitieron consolidar desde los años treinta un orden social nacional compartido por la mayor parte de las clases sociales de entonces. Todos coincidían en que el ascenso social era posible gracias al talento individual y las oportunidades entregadas por una educación pública, gratuita y laica.

De esta forma, llegaron los años sesenta. Estos irrumpieron con una fuerte carga ideológica que, de manera creciente, fue polarizando la política y la vida cotidiana de la sociedad chilena. Las negociaciones políticas y los pactos electorales, tan valorados en otros tiempos, comenzaron a ser mirados como transacciones a espaldas de las mayorías ciudadanas (Alwyn, 1990). La presión sobre el sistema político alcanzó la mayor tensión en la elección de Salvador Allende. El gobierno de la Unidad Popular presentó un ambicioso programa de gobierno, con transformaciones estructurales que agudizaron el conflicto y desencadenaron la crisis de 1973. Los militares llegaron al poder porque la clase política chilena no estuvo a la altura de las circunstancias. Los políticos no fueron capaces de detener a tiempo la radicalidad de las posiciones ideológicas. El enfrentamiento social parecía inevitable para muchos sectores; es más, algunos postulaban que tal enfrentamiento sería mejor cuanto antes, porque permitiría el nacimiento definitivo de la «sociedad nueva».²

Los militares llegaron al gobierno y se quedaron allí por diecisiete años, dejando una estela de contradicciones sociales, políticas y económicas. Junto a las violaciones de los derechos humanos, que siguen provocando dilemas morales y procesos judiciales, la sociedad chilena experimentó una de las transformaciones más importantes del siglo. Pasó de ser una sociedad aislada y rural, a ser otra globalizada, moderna y claramente urbana.

2. Véase al respecto el documental de Claudio Guzmán *La Batalla de Chile*.

Por lo tanto, la historia contemporánea y reciente de Chile es una materia que aún está en proceso de construcción. La historiografía ha dado algunos pasos, pero falta completar numerosas lagunas y cerrar interpretaciones.

El análisis de las memorias colectivas proporciona a la historia contemporánea de Chile la oportunidad de bosquejar una visión plural del acontecer. Además, convierte la construcción social en una realidad diversa, con distintos sujetos, grupos, intereses e ideales.

Los historiadores chilenos han aceptado los conceptos de *memoria* y *memoria colectiva* para explicar el presente y para compartir protagonismo con otras disciplinas de las humanidades, como el periodismo, la sociología, la ciencia política y la psicología, que con anticipación han estado estudiando los acontecimientos históricos recientes.

Como puede apreciarse, la historia de Chile permite aventurar que, con unos recursos teóricos nuevos como son los conceptos de *memoria colectiva* y *memoria emblemática*, se podría llegar a una comprensión más profunda y heterogénea de los últimos treinta años de este continente. De esta forma, emerge una historia de América Latina heterogénea, con nuevas tendencias, tensiones y conflictos. Los diversos sectores sociales adquieren protagonismo por medio de un registro y un discurso que interpretan la forma como ellos construyen la historia y la memoria.

6.3. La «memoria emblemática»: nudos problemáticos y convocantes

¿Cuáles son los nudos problemáticos y convocantes que explicarían la construcción de la memoria colectiva de los chilenos en los últimos treinta años? ¿Cómo el concepto de memoria emblemática contribuye a la comprensión de las memorias colectivas?

Los portavoces de las memorias colectivas, en el proceso de construcción, tienen que establecer puentes entre sus representaciones y «una verdad social». Esto quiere decir que los sectores sociales deben reconocer el discurso de los portavoces como algo propio y como una construcción de la memoria común. Los relatos de los portavoces permiten crear un estado de opinión favorable a determinadas interpretaciones de la realidad.

Esto explica porque esta investigación utilizó como metodología de análisis la idea de Stern (Stern, 1998) sobre «nudos convocantes». La pregunta que se formuló este autor fue: ¿cómo podemos analizar las memorias emblemáticas como un proceso histórico? La respuesta es que los «nudos problemáticos» permiten construir «puentes entre el imaginario personal y las memorias sueltas que existen en la sociedad, así como entre el imaginario colectivo y las memorias emblemáticas».

En un contexto social, estos nudos tienen la cualidad de detener la sucesión normal de los acontecimientos, rompen con la normalidad y exigen a los individuos pensar y focalizar la atención en un aspecto específico de la realidad. En otras ocasiones, exigen no sólo reflexión, sino que demandan acciones y compromisos de los

individuos o de los colectivos. En consecuencia, estos nudos, por lo general, son multidimensionales y permiten una reflexión profunda del comportamiento humano en circunstancias específicas.

Las categorías que se han seleccionado para abordar los nudos convocantes son tres:

- Nudos humanos de la memoria. Se refieren esencialmente a los mencionados portavoces. Es muy difícil apelar a los recuerdos de la memoria sin distinguir personas o agrupaciones claves que representan fielmente el discurso del colectivo. Estos portavoces son los encargados de recrear en cada momento las tradiciones y los ritos del colectivo. Por lo general, plantean y repiten los mensajes que unen al grupo, o se encargan de recordar los momentos históricos claves y representativos de la comunidad. Los portavoces no necesariamente surgen de un acto voluntario, es decir, que un sujeto asuma la tarea de representar una determinada memoria colectiva. En muchas ocasiones, las circunstancias se imponen y el individuo, por estar situado en un momento histórico específico, en el lugar indicado, termina siendo el testigo de los hechos y el representante más fiel para contar y recrear en el tiempo cómo se vivieron los sucesos. Perfectamente se puede pertenecer a una memoria histórica por adscripción. En la medida que los individuos o los portavoces son capaces de recrear un relato convincente y de continuidad, el resto del colectivo puede aceptar que los nuevos integrantes son parte de la memoria colectiva. Por lo tanto, la adscripción debe ir acompañada de un relato o de un discurso que recree lo estructural del imaginario de una memoria colectiva.
- Nudos temporales de la memoria. Existen hechos, fechas y aniversarios que convocan determinadas memorias emblemáticas de la sociedad. Estas fechas exigen de los portavoces un pronunciamiento que hace que los hechos cobren vida propia. Es como volver a vivir sentimentalmente un determinado fenómeno histórico. La recreación de los hechos experimenta transformaciones en el tiempo. No siempre se recuerdan o se celebran de la misma forma las situaciones históricas. En algunas ocasiones, los portavoces establecen nuevos ritos entroncados con viejas prácticas sociales. Esta es la forma más efectiva de traspasar una tradición de una generación a otra, porque todos los miembros del colectivo tienen la sensación y un imaginario de que se sigue siendo fiel a los hechos originarios que configuraron la estructura de una memoria colectiva. Es la sensación de un acto nuevo con elementos antiguos anclados en el origen de los hechos y que otorgan al acto sentido y significación.
- Nudos materiales de la memoria. La memoria emblemática suele estar asociada a espacios físicos. Lo material siempre termina otorgando una impronta a los fenómenos históricos. Lo material no siempre corresponde completamente a los aspectos físicos, sino que también puede estar asociado al principio de localidad de los hechos históricos. Una memoria emblemática se puede construir desde un lugar, desde su espacialidad, y no necesariamente desde los objetos ubicados en el lugar emblemático. Los monumentos históricos son la mejor expresión mate-

rial de una memoria colectiva. Los museos, los monumentos y los memoriales sirven para convocar a las personas en un determinado recuerdo. Estos espacios tienen la cualidad de situar afectivamente y culturalmente a los colectivos y facilitan la incorporación de los nuevos integrantes. El nudo material también considera a los objetos y artefactos. Existen objetos que capitalizan la carga histórica de un momento emblemático y su sola mención permite recrear su sentido más profundo.

6.4. Profesores y alumnos: memoria y memorias colectivas

¿Cómo se está enseñando la historia reciente de Chile en el mundo escolar? ¿Cuáles son las memorias emblemáticas que predominan en los estudiantes?

Desde un comienzo, esta investigación se propuso estudiar el imaginario de un colectivo específico de la sociedad chilena como son los alumnos de enseñanza media.³

El análisis de los resultados permitió ir descubriendo que en los estudiantes de los establecimientos escolares chilenos están coexistiendo por lo menos cuatro memorias emblemáticas sobre la historia de los últimos treinta años. Al respecto, las categorías desarrolladas por Pedro Milos (Milos, 1998) para analizar la sociedad chilena sirvieron para organizar los planteamientos de los estudiantes.

Las exploraciones estuvieron centradas en estudiantes de cuarto medio, es decir, alumnos de diecisiete y dieciocho años de edad que están al final de la secundaria obligatoria.

En primer lugar, existe una memoria denominada *memoria de salvación*. Esta memoria emblemática se ha construido principalmente en establecimientos escolares particulares. Los estudiantes son de estratos sociales y económicos acomodados. Están convencidos de que la crisis de 1973 comenzó mucho tiempo antes del golpe militar y los militares intervinieron sólo cuando la clase política no fue capaz de dar soluciones viables a la crisis institucional. Se culpa a los partidos políticos de la época de haber entrado en un canal de excesiva ideologización de la sociedad. Las ideologías se perciben como procesos dañinos para la convivencia de la población. También se plantea que la crisis era global, profunda y generalizada y que para 1973 la economía estaba en completa ruina. La nacionalización de la industria y la banca por parte de la Unidad Popular es tildada de arbitraria e ilegítima. Algunos caricaturizan ese gobierno como un régimen dominado por la ultraizquierda, seguidora de

3. La indagación se centró en 100 estudiantes de cuarto medio de diferentes establecimientos escolares, municipales, particulares subvencionados y particulares de Valparaíso y Viña del Mar, en Chile. Participaron 52 hombres y 48 mujeres. La recolección de la información se hizo por medio de una encuesta de 30 preguntas cerradas y abiertas.

los dictámenes políticos de Cuba. El proceso político chileno se entiende como un fenómeno revolucionario que atentaba contra el orden constitucional y ciertas garantías civiles mínimas. La reforma agraria, comenzada durante el gobierno de Frei Montalva, no había dado los frutos esperados por la politización del campesinado. Se indica que la violencia social estaba siguiendo un camino sin retorno por la militarización de los grupos revolucionarios de izquierda. Se estaba, por tanto, al borde de una guerra civil.

Estos grupos denominan al golpe militar *pronunciamiento*, que es la expresión semántica utilizada por la Junta de Gobierno desde 1973 hasta 1990. El golpe es un acto fundacional, el comienzo de un ciclo de reconstrucción económica y reorganización institucional. Las tareas del Estado se circunscriben a mantener el orden y a crear un nuevo sistema político que termine definitivamente con las ideologías más radicales. Por lo tanto, se acepta que los militares hayan intervenido en el Estado y que hayan emprendido desde el primer momento un proceso de «reconstrucción nacional».

La represión del Estado se niega en un primer momento. Si se acepta que existió, es catalogada como un exceso de mandos medios y completamente aislados. Algunos explican tales comportamientos por la violencia de los grupos guerrilleros de izquierda.

Estos grupos identifican claramente algunos momentos claves durante el régimen militar. Un hito fundacional importante es la Constitución Política de 1980, percibida como un cuerpo normativo que vino a legalizar y legitimar el poder de los militares. La Constitución de 1980 representa la voluntad de los militares de gobernar siguiendo un marco jurídico.

Otro fenómeno que se menciona positivamente y de manera reiterada en estos grupos de estudiantes es el proceso de reconstrucción de la economía. El gobierno militar tuvo la virtud de ordenar el desastre y haber abierto la economía chilena a la economía mundial. En la medida en que se bajaron los aranceles aduaneros y se liberalizó el mercado, los sectores económicos fueron más productivos y modernos. Además, estas decisiones económicas fueron muy relevantes para el proceso de modernización que siguió la economía desde entonces en adelante.

Al gobierno militar se le reconocen varios éxitos adicionales. Los más renombrados fueron en materia de relaciones internacionales. A finales de los setenta, Chile vivió varios problemas limítrofes, primero con Perú y luego con Argentina. Esos momentos fueron de alta tensión y el gobierno militar mantuvo la serenidad hasta el final. Los acontecimientos se enfrentaron con racionalidad y sentido de futuro.

Al mismo tiempo, la transición política se concibe como un proceso político surgido desde el ordenamiento constitucional de 1980. El fin del gobierno militar y la vuelta a la democracia se presenta para ello como un proceso normal de institucionalización y el compromiso de las fuerzas armadas de llevar al país hacia la democracia.

En todo este discurso e imaginario, la figura del general Pinochet cubre todo el escenario político. Es considerado como el gran responsable de la normalización política y el artífice del nuevo sistema democrático.

Una segunda memoria emblemática puede denominarse *memoria desde la resistencia*. Es la memoria emblemática que ve a los hechos históricos recientes como una ruptura permanente y aún no resuelta. Esta memoria está formada por estudiantes de diferentes establecimientos escolares. No puede decirse que sea propia de sectores populares o de clases medias. El punto de encuentro entre ellos es haber sido descendientes de alguien que vivió la represión de los militares. Algunos son nietos o familiares cercanos de un detenido desaparecido.

El supuesto que está detrás de esta visión es que el gobierno militar creó un sistema de terror y de muerte cuyas consecuencias y efectos siguen marcando el desarrollo de la actual sociedad chilena. Esta memoria emblemática centra su mirada y su discurso en el sacrificio de los que murieron por una causa noble, junto al coste que representó para muchas familias el largo exilio.

En esta memoria colectiva no hay mucho espacio para el perdón y el olvido. Presenta un discurso en dos dimensiones: uno elaborado en función del futuro que estaría siendo resuelto por la historia y otro para el presente al alero de la justicia. La historia se encarga de registrar el abuso del régimen militar y de asegurar una «verdad histórica» de los hechos. Postulan que esa verdad histórica será muy negativa para el gobierno militar, sus partidarios y las acciones que éstos emprendieron durante esos años. Por su parte, la justicia se entiende como una reparación económica (indemnizaciones, subsidios y regalías del Estado) y como una condena de los que cometieron abusos en los tribunales.

El exilio es otro factor permanente en esta memoria colectiva. Muchas familias se dividieron después de la intervención de los militares. Los matrimonios no siempre prosperaron en el extranjero. El divorcio conllevó rupturas más profundas en los afectos de los jóvenes. Los abuelos no crecieron con sus nietos y los padres no necesariamente lograron transmitir las tradiciones y los ritos familiares. El retorno al país se percibe, por tanto, como otra quiebra. Han tenido que romper con sus sociedades iniciales y adaptarse a las conductas sociales, cometieron los abusos de los derechos humanos en los civiles que implementaron el sistema económico.

Es una memoria colectiva que no reconoce mejoras y transformaciones económicas positivas. Estas se visualizan como un retroceso de los derechos básicos de las personas. La modernización significa una pérdida del valor del trabajo y un abuso de los empleadores. Los trabajadores perdieron todos sus derechos por oponerse a las nuevas leyes laborales debido a que la sindicalización estuvo prohibida durante años.

La tercera memoria emblemática es la constituida desde los referentes morales y éticos. Esta memoria rescata el compromiso y las actitudes de muchas personas que, paulatinamente, se fueron rebelando frente al gobierno militar. Agrupa a los que vivieron los costes sociales de las medidas económicas modernizadoras.

Esta es una memoria tremendamente diversa y compleja de bosquejar, porque fue cambiando con el tiempo. En la medida en que el gobierno militar se fue consolidando, brotó en algunos sectores de izquierda y de centro un sentimiento creciente de haber cometido errores políticos durante la Unidad Popular y los primeros años de la dictadura. Esta memoria colectiva realiza una evaluación política del proceso

histórico que desencadenó la quiebra institucional. Dicha evaluación es negativa para los dirigentes de la izquierda, pero no tanto para la figura histórica de Salvador Allende. Este se visualiza como superado por los acontecimientos y las presiones radicalizadas de los partidos que no fueron capaces de realizar buenas lecturas de la realidad.

Por tanto, son sectores que fueron comprendiendo que la experiencia chilena al socialismo había sido un fracaso en los hechos y que, en ese proceso de quiebra generalizada, los partidos políticos, por su exceso ideológico, derrumbaron el sistema democrático.

Una cuarta y última memoria emblemática puede denominarse *memoria del olvido*. Esta plantea que la sociedad chilena debe tener la capacidad de olvidar. Las violaciones del gobierno militar son claramente condenables, pero no tiene sentido que la sociedad chilena siga anclada en tales heridas. El discurso privilegia la reconciliación y la construcción de nuevas relaciones sociales, esta vez otorgando gran valor a los derechos de las personas. A esta memoria están vinculados los que desean una sociedad más inclusiva, con mayores derechos y participación política.

Al mismo tiempo, esta memoria colectiva parte de una constatación: la sociedad chilena en las últimas décadas ha experimentado ciertas transformaciones estructurales y modernizadoras, surgidas durante el gobierno militar y mantenidas bajo los gobiernos de la concertación, que han representado estilos de vida nuevos para los chilenos.

¿Cómo se está enseñando la historia reciente de Chile en el mundo escolar? ¿Cuáles son las memorias emblemáticas que predominan en los profesores?

Esta investigación estudió el problema de la construcción de las memorias colectivas. El marco teórico mostró que la memoria y el olvido son productos sociales que están continuamente en proceso de reelaboración. En dicha construcción existen colectivos que tienen gran impacto. Los profesores son un colectivo profesional masivo y extendido en la sociedad. Su labor se caracteriza por estar creando permanentemente comportamientos sociales y ellos constituyen un referente obligado cuando se desea analizar las memorias colectivas de una comunidad.

Con este colectivo, la investigación optó por una metodología cualitativa. Entrevistó a tres importantes dirigentes gremiales, con un protagonismo nacional durante las tres últimas décadas. Los tres han construido un relato coincidente con el del gobierno militar. Al respecto indican que:

- Fue una tragedia común para la sociedad chilena.
- Significó un intento de controlar la acción de los profesores.
- La política seguida por ese gobierno se caracterizó por la fragmentación del gremio. Las leyes laborales perseguían la atomización y la desintegración de la organización gremial.

- Se intentó hacer olvidar y descalificar lo logrado por los gobiernos anteriores al golpe militar.
- Se persiguió a los profesores ideológicamente. El magisterio fue uno de los gremios más reprimidos. La Comisión de Verdad y Reconciliación pudo establecer que durante el gobierno militar hubo 58 profesores ejecutados y 45 detenidos desaparecidos. De los 103 afectados, 95 eran varones y 8 eran mujeres.
- La municipalización de la educación en los inicios de los ochenta buscó romper con el gremio y evitar que éste presionara al Estado para conseguir mejores condiciones salariales y laborales.

Asimismo, los tres coinciden en que una de las mayores lecciones de lo vivido durante el gobierno militar es la revalorización de la democracia. A pesar de todas sus limitaciones, la democracia es un sistema político que garantiza a los individuos su integridad. Ellos plantean que la lucha por una sociedad más justa forjó en el gremio un nuevo sentido de unidad, una memoria colectiva muy vinculada con la participación y el respeto de los derechos humanos.

Los profesores entrevistados consideran que los gobiernos de la transición no han querido saldar la deuda histórica con el gremio, tanto en relación con los temas económicos y salariales, como en relación con sus demandas profesionales. Esto ha llevado a algunos docentes a mirar con nostalgia el rol protagónico que dicen que tuvieron durante la vieja democracia (1940-1970).

Desde el punto de vista profesional, los entrevistados tienen una mirada pesimista y de frustración respecto al futuro. El relato que han construido los profesores es que han sido tratados de la misma manera que otros funcionarios de menor jerarquía de la Administración pública y no visualizan signos de mejora. Por el contrario, las tendencias actuales están indicando que el mercado laboral de los profesores será más competitivo, exigente y de fragmentación gremial.

6.5. A modo de conclusión

Finalmente, la investigación ha constatado que los profesores evitan enseñar los hechos históricos posteriores a 1970. Las razones más comunes que entregan para explicar la omisión son la falta de tiempo y el exceso de contenidos curriculares de los planes de estudio. Asimismo, algunos indican que la historia reciente no se enseña porque todavía está sujeta a grandes discusiones historiográficas y que es necesario que pase el tiempo para que las pasiones den lugar a un conocimiento más meditado y razonado de los hechos. En estos profesores predomina ampliamente una concepción de la historia positivista, altamente fragmentada y con predominio de la narración expositiva.

Los profesores de historia ven con temor enseñar dicha historia, porque si lo hacen aflorarían los conflictos y las posiciones divergentes que los estudiantes traen del hogar. Se corre el riesgo también de que los padres se molesten y terminen reclamando a las autoridades del establecimiento escolar. Esto está indicando, enton-

ces, que a los profesores chilenos les cuesta comprender que la historia es una construcción social, esencialmente dinámica y que, por tanto, está sujeta a permanentes interpretaciones. Esta situación se corrobora por la ausencia y/o debilidad de aprendizaje de estos procesos históricos en la formación inicial de los profesores. Por lo tanto, cuando corresponde enfrentar en secundaria la historia reciente de Chile también se hace desde los recuerdos y las experiencias personales de los docentes y no tanto desde la investigación historiográfica.

Además, esto demuestra que las posiciones de los estudiantes sobre la historia reciente de Chile no están construidas desde la formación escolar, porque los profesores no la tienen como meta de aprendizaje prioritaria. Cuando en el aula se tocan estos temas, se privilegia, como estrategia de enseñanza, la exposición de los datos y los hechos. Entre los profesores existe un cierto temor a la interpretación y al análisis profundo por la posibilidad de que se abran viejas heridas. Por tanto, las posiciones que tienen los estudiantes respecto a la historia reciente de Chile son expresiones surgidas de las experiencias de las familias y de la capacidad que éstas tienen para transmitir las.

Bibliografía

- AYLWIN, M. *et al.* (1990). *Chile en el siglo xx*. Santiago: Planeta.
- CITRON, S. (1989). *Enseigner l'histoire aujourd'hui: La mémoire perdue et retrouvée*. París: Éditions Ouvrières.
- (1984). *Le mythe national: L'histoire de France en question*. París: Éditions Ouvrières.
- (2008). *Le mythe national: L'histoire de France revisitée*. París: Atelier.
- CONAN, E.; ROUSSO, H. (1994). *Vichy: Un passé qui ne passe pas*. París: Fayard.
- GAZMURI, C. (2000). *La persistencia de la memoria: Reflexiones de un civil sobre la dictadura*. Santiago: Ril.
- HALBWACHS, M. (1968). *La mémoire collective*. París: PUF.
- (1994). *Les cadres sociaux de la mémoire*. París: Albin Michel.
- LÉTOURNEAU, J.; JEWSIEWICKI, B. (2003). «Politique de la mémoire». *Politique et Sociétés*, vol. 22, núm. 2, p. 3-15.
- LE GOFF, J. (1991). *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario*. Barcelona: Paidós.
- LE GOFF, J.; NORA, P. (1978). *Hacer la historia*. Barcelona: Laia.
- MILOS, P. (2007). *Historia y memoria: 2 de abril de 1957*. Santiago: LOM.
- (1998). «Historia regional, identidad y memoria. La noción de vectores de recuerdo». En: ARTAZA, P. *A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique*. Santiago: Lom, p. 209-223.
- NORA, P. (1988). «La memoria colectiva». En: LE GOFF, J. *et al.* *Diccionario de la nueva historia*. Bilbao: Mensajero.
- (1984-1992). *Les lieux de mémoire*. París: Gallimard. 3 tomos.

- ROUSSEAU, H. (2006). *The Vichy Syndrome: History and Memory in France Since 1944*. Cambridge: Harvard University Press.
- (1987). *Le syndrome de Vichy*. París: Le Senil.
- STERN S. (1998). «De la memoria suelta a la memoria emblemática: hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico. Chile, 1973-1998». En: GARCÉS, M. *et al.* [comp.]. *Memoria para un nuevo siglo: Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*. Santiago de Chile: LOM, p. 11- 34.